Que ayer

Vol. XIII .- Santiago de Chile, febrero de 1919 .- Núm. 74

La población de Chile

A cuánto asciende,-Cómo se ha formado,-En qué proporción crece.

Por Alberto Edwards

- ¿Qué dice la Estadística? ¿Estamos ya en los seis millones de habitantes?

He aquí una pregunta que se me dirige varias veces por semana y que, francamente, estoy ya aburrido de contestar. Haré, pues, lo que ese cajero de banco a quien le robaron el reloj y que, cansado de narrar su aventura a cuantos acudían a cobrar un cheque, acordó imprimir un relato fidedigno del suceso con todos los detalles imaginables y lo pasaba junto con el respectivo rollo de billetes a los oficiosos preguntones.

— ¿Quiere usted estar tan impuesto como yo de cuanto se refiere a la población de Chile? diré en adelante a los que me hablen del asunto. Pues, si no le cree a las publicaciones oficiales, compre el "Pacífico Magazine" del mes de febrero. Allí encontrará mi opinión personal.

La Sínopsis de 1917, estima la población de Chile el 1.0 de Enero de ese año, en 3.944,000 habitantes. Siendo yo el Director del Servicio de Estadística y habiendo hecho personalmente la referida estimación, es casi inútil decir que la juzgo más aproximada a la verdad que otra cualquiera.

Lo que la Sinopsis no explica, y es natural que así sea, es la forma cómo se procede a avaluaciones, y los motivos que existen para creérselas fidedignas, dados los medios de que se puede disponer.

La base de ellas es el censo, que como todos saben, consiste en el recuento individual, hecho en un día determinado, de todos los habitantes del país.

Aquí comienza, sin embargo, el escepticismo de la gente. Cuando los resultados de un censo no corresponden a los anhelos patrióticos y a las fantasías optimistas de cada cual, se afirma ex-cátedra que está mal hecho, y que no debe tomársele en cuenta. Mucho más ha de creerse, según tales estadísticos de ocasión, a los cálculos hechos a ojo de buen varón en un momento de entusiasmo y sin base de ningún género.

Aunque al contar la población puede incurrirse en algunos errores, salta a la vista que el resultado será siempre más digno de fe que el obtenido mediante la apreciación de personas del todo inexpertas en la materia.

Salvo el caso de mala fe o falsificación con propósitos electorales, y entonces se tiende de ordinario a aumentar la población y no a disminuirla, un censo, por defectuoso que sea, no puede omitir más del 5 por ciento de los habitantes. Cualquiera que haya tomado parte en una operación de esa índole podrá atestiguar, por otra parte, que es muy difícil que llegue a producirse un error semejante. Ahora bien, no es necesario decir que el más experto calculista a ojo, no puede calcular ni









siquiera la población de una ciudad, con una probabilidad de error menor de un treinta por ciento. Nada más absurdo, pues, que condenar los resultados de un censo por lo que a uno le parece o mejor dicho, desea.

He dejado aparte el caso de falsificación intencional, que en Chile se ha producido, particularmente en 1885. Ese año se realizaron tuttis estadísticos en los varios departamentos, a objeto de hacerles llegar a 12,000 o 32,000 habitantes, cifras exigidas entonces por la Constitución para elegir uno o dos diputados.

Hay al respecto ejemplos muy típicos. Mulchén tuvo 18,233 habitantes en 1875, 18,850 en 1895 y 21,616 en 1907. En el censo de 1885, intermediario entre los dos primeros, alcanzó, sin embargo, de golpe y zumbido a 33,424 habitantes, un poco más de los que necesitaba para tener constitucionalmente dos representantes en la Cámara joven. El caso de Lontué es idéntico: de 19,791 habitantes en 1875, pasó a 32,121 en 1885 para bajar en seguida a 22,187 en 1895 y a 25,299 en 1907.

No es éste el único medio de descubrir tales máquinas. Cuando se falsifica un censo, todos los datos estadísticos se resienten de elio; en el feliz departamento que por medios tan poco decorosos crece en población, se produce ipso-facto incurrenda la esterilidad de las mujeres, y la nupcialidad y la mortalidad relativas bajan en forma extraordinaria. Ello se explica, porque las mujerse, como los demás habitantes de la localidad, son en buena parte imaginarias y ni conciben, ni mueren, ni menos se casan.

Como se ve, un censo no es una operación sin control.

Si la población de Chile fuera muy diferente de la que nos dió el Censo, que juzgo bastante perfecto, de 1907, toda nuestra estadística denunciaría este hecho. Pues bien, sucede lo contrario. Si calculamos, por ejemplo, el consumo de azúcar, controlado como está por la Aduana, vemos que él corresponde por cabeza de habitante a lo más ordinario y corriente en países de análogas costumbres al nuestro. Lo mismo ocurre con el café, el té, el trigo, etc.

Es cierto que nuestra natalidad y nuestra nortalidad aparecen enormes, con relación a la de los países de la Europa Occidental y Estados Unidos, pero en cambio la Rusia y los Estados Balkánicos exhiben cifras de mortalidad relativa superiores a las nuestras, y es claro que nuestra civilización es más comparable a la de estas naciones que a la de Francia, Suiza o Alemania...

Contra las muchas razones científicas que atestiguan como verdadero o muy cercano a la verdad nuestro último censo (más adelante expondremos otras irredargüibles) existe sólo el natural deseo de tener una po-

-12-







blación mayor. Contra esta pasión, muy patriótica y explicable, no habrá argumento bastante poderoso.

En Talca, en 1907, la ciudad entera ardía en descos de tener muchos habitantes. Se hizo de ello cuestión de amor propio. Gobernaba entonces aquella provincia, mi malogrado antecesor, don Valentín del Campo, y él mismo me refirió las minuciosas precauciones que se adoptaron a fin de que ningún talquino quedara sin ser empadronado. En los Clubs se discutía apasionadamente sobre el probable resultado del censo y se cruzaron infinitas apuestas. Los que hablaban de menos de 50,000 habitantes eran mirados de reojo, como indignos de haber visto la luz en las márgenes del Piduco.

Se concibe cómo trabajarían los comisionados del censo. Cada manzana contó con vaios empadronadores... Se sumaron los resultados con apresuramiento febril... Talca tuvo 38,040 habitantes...

En Santiago, salvo algunas personas muy

habituadas a los viajes, nadie consentía en que la ciudad pudiera bajar de 500,000 habitantes. Este resultado lo anunciaban en vista de argumentos tan contundentes como el de la inmensa muchedumbre de gente que se reúne a ver pasar la procesión del Carmen, etc... Sucedió lo que en Talca, y nadie quizo creer en el Censo...

Santiago es una ciudad que puede engañar a gentes muy expertas. Para comprenlerla es preciso subir a la cumbre del Santa Lucía o del San Cristóbal. Está habitada en

eriferia de las manzanas. Fuera del centro, en todo el resto del recinto urbano predominan los huertos, los jardines y hasta los potreros.

Sólo está edificada la cáscara, lo que se ve desde la calle.

El movimiento extraordinario de los tranvías ha servido también de pretexto plausibles a las ilusiones de muchos.

Es cierto que en relación a la población los tranvías santiaguinos transportan más

pasajeros que en la mayor parte de las ciudades de Europa, pero también es verdad que en Norte América el movimiento relativo es todavía mayor que en Santiago.

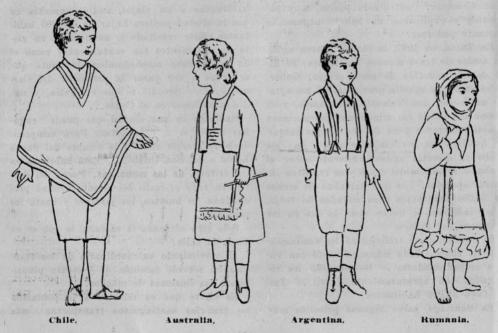
Ello se explica perfectamente. Como la ciudad es muy vasta en proporción a sus habitantes, el uso del tranvía es más necesario que en otras capitales donde las distancias son menores, porque todo está más concentrado. Además, la modicidad de la tarifa, la pereza de la gente, la falta de hábitos de ahorro, la costumbre de trasladarse al centro por cualquier motivo, etc., obran aquí en favor de los tranvías. Un obrero chileno, aún de los más pobres, mira menos los diez centavos que paga a la conductora, que un burgués acomodado de Francia o Alemania. No nos agrada caminar. Si algo choca al extranjero en Santiago, son los modales perezozos y lentos de la muchedumbre. Parece que a todos les cuesta grandes esfuerzos dar un paso. "Los primeros días todo el mundo me atropellaba en Nueva York'', me decía ayer un santiaguino recién llegado de esa ciudad.

Veo continuamente a personas que suben a un tranvía para recorrer menos de diez cuadras. No exagero... Al revés: me quedo corto. En la línea de Huérfanos, la mitad de los pasajeros descienden antes de Colegio o Brasil. Este hecho lo observo diariamente... Y entre las calles de Bandera y Brasil hay sólo ocho cuadras!! Sin embargo, hay quienes, por no andarlas, se encaraman colgados del repleto vehículo en las posiciones más inverosímiles... Ahorran así el inmenso trabajo de poner un pie delante del otro por espacio de diez minutos. No es que les falte el tiempo... Esperan con paciencia el paso de un tranvía todo lo que sea menester... Lo importante es no moverse.

La digresión anterior no es ociosa. Ellsirve para probar cuán engañosas pueden se
las avaluaciones hechas sobre bases tales
cuando hay frente a ellas el resultado de un
censo. ¿Sería absurdo, en efecto, decir que
dadas las circunstancias apuntadas, hay en
Santiago un cuarenta o cincuenta por ciento más de movimiento en los tranvías, que en
una ciudad europea, donde la población vive en un espacio cuatro veces menor y la
gente es mucho más activa y económica? Nó,
nor cierto. Sin embargo, las avaluaciones del
censo y las que se pretende deducir de ese
movimiento sólo difieren en un treinta por
ciento.

II

Pero los censos no son impugnados únicamente "a ojo". Es muy frecuente oír, par-



ticularmente a los viejos, frases parecidas a

-¿Cómo?... Dice usted que Chile sólo tiene 3.900,000 habitantes... Casi lo mismo que cuando estudié Geografía.

Inútil es decir que se trata en este caso de una simple ilusión. Cuando los que tal afirman estudiaron Geografía, la población de Chile no alcanzaba ni siquiera a la mitad de esa cifra.

He aquí el resultado general de los últimos censos:

Años	
A-company to the second	
1854	1.439,418
1865	1.819,223
1875	2.075,971
1885	2.527,320
1895	2.712,145
1907	3.249,279
1917 (Calculada)	3.944,035

A primera vista el aumento no parece muy grande, pero lo es en realidad. Un país que no recibe una inmigración considerable, crece únicamente por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones. Si la población inicial es pequeña, el aumento en números absolutos no puede ser muy grande, así como la renta de un capital exiguo es siempre insignificante, por bueno que sea el interés que gane. Ahora bien: el tanto por ciento de nuestro aumento anual ha sido siempre muy satisfactorio, a pesar de lo crecido de la

mortalidad. Entre 1854 y 1865 fué ese aumento de 2% y hoy alcanza todavía a una cifra bastante elevada (1.65%). Para dinero sería un interés pequeño, pero para una población es de lo más alto que conocemos en países que no reciben una fuerte corriente inmigratoria.

Es cierto que en los Estados Unidos el aumento anual de la población ha fluctuado entr 2.07% y 3.59%; pero si se descarta el aumento por inmigración, estas cifras quedan reducidas a un máximum de 2.80% en 1840 y a un mínimum de 1.49% en 1900; cifra esta última muy inferior a la de Chile.

Los estadísticos llaman aumento vegetativo de la población el que resulta del excedente de los nacimientos sobre las defunciones, sin tomar en cuenta la inmigración y la
emigración. Es satisfactorio dejar constancia de que Chile es uno de los países más favorecidos del mundo a este respecto. La Argentina apenas nos supera; la Australia nos
iguala; todos los demás países están en condición inferior a la nuestra.

En el cuadro siguiente encontrará el curioso lector el aumento vegetativo anual de los países civilizados de la tierra:

Argentina	1.8%
Australia	
Chile	
Rumania	1.6%
Holanda	1.5%
Estados Unidos	1.5%
Serbia	



Holanda.



Serbia.



Dinamarca,



Rusia.



Alemania.













Finlandia.

Nornega.

Italia.

Hungria.

Inglaterra.

Dinamarca		1.4%
Alemania	A S	1.3%
Finlandia		
Noruega	100	1.2%
Italia		1.2%
Hungría		
Gran Bretaña		
Suecia		1.1%
Austria		1.1%
España		1.0%
Suiza		1.0%
Bélgica		0 001
Irlanda		0.6%
Francia		0.3%

Se comprende que en los países en que no existe movimiento inmigratorio o emigratorio considerables, o en que están más o menos compensados ambos, como es el caso de Chile, el aumento absoluto de la población es idéntico al vegetativo. En cambio los países que reciben muchos inmigrantes, (Argentina, Australia, etc.) ven aumentar sus habitantes en mayor proporción. Lo contrario sucede a los países que son teatro de una emigración considerable, como sucede en Italia, Alemania, España, etc.

Tampoco Chile, apesar de no ser desde muchos años atrás un país de colonización intensa, puede quejarse de la proporción de su crecimiento relativo. Sólo le aventajan a este respecto algunas naciones y colonias que reciben anualmente una enorme afluencia de inmigrantes.

El cuadro siguiente es muy instrustivo al respecto:

Países	Aı	iment	0	%	anual
Argentina			5.	20	
Canadá			3.	78	
Australia			3.	26	
Rumania		11,00	2.	03	
Estados Unidos		vy at	1.	72	
Serbia			1.	72	
Chile		. 19	1.	65	
Rusia			1.	60	
Holanda			1.	41	
Alemania			1.	36	
Finlandia		. will	1.	30	
Japón		3/10/15	1.	23	
Suiza			1.	17	
Bélgica			1.	08	
Dinamarca			1.	05	
Inglaterra			1.	04	
Italia			1.	03	
Noruega			0.	95	
Austria-Hungría			0.	80	
Suecia			0.	74	
Escocia			0.	27	
Francia			0.	15	

Como se ve sólo aumentan más rápidamente que el nuestro seis países, de los cuales, los Estados Unidos y la Serbia apenas nos aventajan en unas pocas unidades. Las grandes cifras corresponden, como es natural, a la Argentina, el Canadá y la Australia que están recibiendo casi todo el excedente de la po-



blación europea desde que los Estados Unidos dejaron de dar facilidades a la inmigración.

Nada, pues, menos fundado que la idea de que nuestra población aumenta con mucha lentitud. Estamos a la altura de los países más prolíficos del mundo y casi al nivel de los Estados Unidos. Quizás el espectáculo de la Argentina entra por mucho en las apreciaciones pesimistas que es frecuente oír, y los cargos que se hacen a nuestra estadística, porque no registra una progresión más rápida. Se olvida que la Argentina ha rea-

lizado en los últimos cuarenta años una evolución que se produjo en Chile durante la colonia, transformándose de país exclusivamente ganadero en agrícola e industrial.

Francia.

Es cierto que no somos un país de colonización, pero de ello no debe culparse ni a los gobiernos ni a los habitantes. Por el contrario, la circunstancia de que el territorio esté ya casi en su totalidad ocupado y colonizado, nos honra más bien. Ello es un efecto de nuestra organización más temprana y del carácter laborioso y emprendedor de nuestra raza.

